EL MATRIMONIO DE VENTEROS DEL PRIMER QUIJOTE: ENTRE LO RÚSTICO Y LO HUMORÍSTICO

LORENA COSTA

INTRODUCCIÓN

En el primer *Quijote* (1605) la venta, considerada castillo por el famoso hidalgo, fue escenario de sucesos sustanciales en la novela. Sus dueños, un matrimonio con una hija hermosa y doncella, adquieren progresivamente un protagonismo que migra de espectadores a actores de muchos de los incidentes tragicómicos que ocurrieron dentro de este «castillo encantado».

Por un lado, estos dos personajes se muestran, a lo largo de la obra, muy pendientes de atender su negocio y de recibir la paga por sus servicios, siendo figuras estrechamente vinculadas al dinero y al interés. Mas por otro, intervienen en la mutación del cura en doncella mediante acciones que ingresan en territorios de ambigüedad moral y social y que ponen en juego movimientos e inversiones de los sentidos del texto, que apuntan a la comicidad.

En este trabajo se pretende dar respuesta a las siguientes interrogantes: ¿Qué posibles «modelos» o tradiciones literarias, sociales y simbólicas nutren la construcción de este matrimonio de ficción?, ¿qué los diferencia del matrimonio de venteros que aparece en *La Ilustre Fregona*? En una primera lectura estos personajes parecen creados en claves humorísticas: se intentará profundizar esa intuición siguiendo a Mijaíl Bajtín, donde la calidad de «rústicos» juega un papel muy importante.

EL CASTILLO ENCANTADO

Así es definida por el hidalgo manchego la segunda venta con que se topa luego de emprender su misión de reestablecer la andante caballería. Esa venta-castillo, donde se desarrolla gran parte del primer *Quijote*, es atendida por un matrimonio de venteros, la hija de ambos y una moza llamada Maritornes.

Estos cuatro personajes van adquiriendo protagonismo a medida que avanza la historia y contribuyen, especialmente y junto a don Quijote, en los sucesos que más suscitan la risa.

Es de esperarse que un «loco-cuerdo» sea motivo de risa, pues como indica Barros, dentro del contexto histórico en que nace el Quijote:

> observamos una conexión existente entre locura y risa que se traduce en permisividad. Las acciones inverosímiles y absurdas pasan a ser justificadas por la acción cómica de una enfermedad que, en su esencia, se consideraba socialmente «aceptable» […] La locura, como describe Erasmo, «suele manifestarse con un cierto gozoso desvarío que libra al espíritu de preocupaciones angustiosas y lo perfuman con variados placeres»

¿Pero por qué quienes atienden la venta contribuyen tanto o más que el «loco» Caballero Andante a crear escenas que son de las más graciosas de la obra?

En el caso de Maritornes, el narrador describe su cuerpo con esmerado detalle, resaltando todas sus deformidades, por lo que es de esperarse que sola su descripción resulte graciosa:

> ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, del un ojo tuerta y del otro no muy sana. Verdad es que la gallardía del cuerpo suplía las demás faltas: no tenía siete palmos de los pies a la cabeza, y las espaldas, que algún tanto le cargaban, la hacían mirar al suelo más de lo que ella quisiera (63v) […] los cabellos, que en alguna manera tiraban a crines […] Y el aliento, que, sin duda alguna, olía a ensalada fiambre y trasnochada (66v).

Sostiene Barros que López Pinciano, en su tratado *Philosophia antigua poética,* asegura que la risa está presente en «obras y palabras en las cuales se encuentra alguna fealdad y torpeza» y, tomando en cuenta esto, entiende que Cervantes encarna este principio de ridiculización a través de la fealdad.

Además de la fealdad de Maritornes, su rol de prostituta dentro de la venta se encuentra en pugna con su condición de cristiana vieja y de persona creyente, acrecentando así su imagen de personaje cómico.

En cuanto a los dueños de la venta, nada se dice del aspecto que tienen, tampoco se insinúa que sean locos; sin embargo el comportamiento de ambos promueve la risa casi a la par que amo y escudero.

Para intentar descubrir qué hace que estos dos personajes sean tan graciosos, se pretende hacer una lectura de ellos en los términos de las claves humorísticas propuestas por Bajtín, poniendo especial atención en su calidad de *rústicos*.

La rusticidad

La RAE define la palabra *rústico, a* como un adjetivo que proviene del latín *rustĭcus*, (de *rus*: propiedad rural, campo// rusticidad, grosería), cuya primera acepción es «perteneciente o relativo al campo», y admite como segunda acepción «tosco (‖ grosero)» y la tercera «hombre del campo».

Estos venteros son personas rústicas, en primer lugar, por pertenecer al campo (recordar que la venta que atienden la encuentra Sancho, encaminándose «hacia donde le pareció que podía estar el camino real» (63r), en el intento de salir del prado donde fue a parar junto a su amo, luego de que ambos se internaran en el bosque persiguiendo a la pastora Marcela).

Sebastián de Covarrubias define la palabra rústico, en su primera acepción, como «el villano»; y *villano*, del nombre latino *villa, ae* «los que viven en casa o quinta que está en el campo en donde se lleva a cabo la labranza de la tierra, de condición muy rústica y desapacible» En *Tesoro de la lengua castellana o española* no aparece la definición de esta última palabra (desapacible), pero sí la de *apacible*, descrita como «el que ama la paz, el que es manso, modesto y agradable con todos». El prefijo *des*- también aparece en este diccionario con sentido de negación. Por lo tanto, la definición que se entiende correspondería a la palabra *desapacible*, según lo expresado por Covarrubias, es similar a la propuesta por la RAE en la actualidad:«Que causa disgusto o enfado o es desagradable».

En latín el adjetivo *rustĭcus, a, um* es definido como «concerniente al campo, del campo// simple, sencillo, ingenuo// palurdo, grosero, tosco, torpe, zafio» y es sinónimo de *inurbanus, a, um* que significa «tosco, falto de delicadeza, de elegancia// descortés» (Vox).

En definitiva, la palabra *rústico* mantiene, a grandes rasgos y desde antes de la época de Cervantes hasta hoy, las mismas dos acepciones, que parecen estar condicionadas la una por la otra. Este sería un adjetivo más que apropiado para definir a los personajes que atienden la venta-castillo, porque, según Covarrubias, la *venta* es comunmente una casa en el campo, cerca del camino Real a donde los pasajeros suelen parar al mediodía y donde buscan hospedaje para pasar la noche, «se llama venta, de *veniendo*, porque unos van y otros vienen, y *ventero* al que asiste allí a dar recado y por esta razón se pudo también decir *venta*, a vendendo: especialmente cuando vende gato por liebre». Con esta última aclaración, Covarrubias pone de manifiesto el concepto que en la época se tenía de los venteros, de vender algo de mala calidad al precio de buena.

Una posibilidad es aceptar como absolutamente válido que el hecho de pertenecer al medio rural conlleva, inevitablemente, a un comportamiento tosco, torpe y grosero, lo que explicaría la comicidad de los personajes que atienden la venta.

Otra posibilidad es entender que su condición de rústicos es explotada por Cervantes para hacer de ellos personajes dotados de humor, pero sin dejar de ser representantes de la cultura popular, en el entendido de las claves humorísticas de Bajtín.

Las claves humorísticas: Mijaíl Bajtín

Bajtín afirma que Cervantes fue uno de los tantos autores del Renacimiento en emplear la lengua carnavalesca y sostiene que es necesario conocer esta lengua para poder conocer bajo todos sus aspectos y a fondo la literatura del barroco y el Renacimiento. Entiende incluso que la visión carnavalesca del mundo influía sobre las utopías y el concepto del mundo que reinaba en ese entonces.

Define al *realismo grotesco* como «el sistema de imágenes de la cultura cómica popular» (p. 23) y agrega que en él están ligados, en una totalidad viviente e indivisible, lo cósmico, lo social y lo corporal. Sostiene que el principio material y corporal es percibido como universal y popular (como contrario a individual y egoísta) y adquiere a la vez un carácter cósmico; es el principio de la fiesta, de la alegría, de la buena comida. Este rasgo subsiste aún en la literatura del Renacimiento.

Agrega que el rasgo que sobresale del *realismo grotesco* es la *degradación*, entendida como la transferencia de lo elevado, espiritual, ideal y abstracto al plano material y corporal. «Numerosas degradaciones de la ideología y del ceremonial caballerescos que aparecen en Don Quijote están inspiradas en la tradición del realismo grotesco» (p. 25).

Plantea como indispensable, para poder comprender el realismo del Renacimiento, conocer el realismo grotesco, y agrega:

> Son dos las concepciones del mundo que se entrecruzan en el realismo renacentista: la primera deriva de la cultura cómica popular; la otra, típicamente burguesa, expresa un modo de existencia preestablecido y fragmentario. Lo que caracteriza al realismo renacentista es la sucesión de estas dos líneas contradictorias (p. 28).

Entiende que una forma preliminar y general de definir la actitud del renacimiento con respecto a la risa es la siguiente:

> la risa posee un profundo valor de concepción del mundo, es una de las formas fundamentales a través de las cuales se expresa el mundo, la historia y el hombre; es un punto de vista particular y universal sobre el mundo, que percibe a éste en forma diferente, pero no menos importante (tal vez más) que el punto de vista *serio*: solo la risa, en efecto, puede captar ciertos aspectos excepcionales del mundo (p. 65).

Lo que sostiene este autor es que en el momento histórico en que Cervantes construye sus personajes (el Renacimiento) la risa es utilizada en la literatura como un modo diferente y particular de representar al mundo.

Los personajes que atienden en la venta pueden ser leídos en claves humorísticas en los términos de Bajtín y su condición de rústicos, en el entendido de lo expresado en el capítulo anterior, parece ser explotado por Cervantes para alcanzar, por medio del realismo grotesco, lo risible. Porque, como afirma Javier Salazar, se da «la concurrencia y la perfecta amalgama de inspiración folclórica y realidad social en el retrato cervantino de las ventas y venteros» (3).

GUILINDÓN, GUILINDÓN, QUIEN NO TIENE POSADA QUE BUSQUE MESÓN[1]

[1] (Correas, 300).

El lexicógrafo Gonzalo Correas (quien fuera contemporáneo del autor del Quijote), en *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, recopila la sabiduría popular de su época. Miguel Mir, en el prólogo de la edición de 1906, asegura que en ese libro «resplandecen en su nativo arreo o desnudez, mil frases geniales idiomáticas, pregoneras de la opulencia intelectual de nuestra gente, de la ingeniatura de nuestro pueblo, de sus pasiones y veleidades, de sus odios y de sus amores, de sus bienquerencias y venganzas» (13). Aparecen allí varios refranes sobre venteros que casualmente, o no, dan cuenta de las características de estos dos personajes cervantinos.

En el capítulo XVI, en oportunidad que llegan Quijote y Sancho a la venta-castillo muy lastimados por el episodio con los yangüeses, cuenta el narrador que «tenía el ventero por mujer a una, no de la condición que suelen tener las de semejante trato, porque naturalmente era caritativa y se dolía de las calamidades de sus prójimos». Esta condición de poco caritativa que le atribuye a las venteras está presente en algunos refranes de la cultura popular: «Lléveme Dios á ese mesón, do manda el marido y la mujer non» (486); «Lléveme Dios á ese mesón, que sea de la mesonera, y del mesonero non» y sobre este último Correas aclara «que ella mande, y que yo sea algo suyo porque me regale» (486).

En ese mismo capítulo, se da una descripción detallada de las condiciones en que fue alojado don Quijote:

> hicieron una muy mala cama a don Quijote en un camaranchón que, en otros tiempos, daba manifiestos indicios que había servido de pajar muchos años. En la cual también alojaba un arriero, que tenía su cama hecha un poco más allá de la de nuestro don Quijote. Y, aunque era de las enjalmas y mantas de sus machos, hacía mucha ventaja a la de don Quijote, que sólo contenía cuatro mal lisas tablas, sobre dos no muy iguales bancos, y un colchón que en lo sutil parecía colcha, lleno de bodoques, que, a no mostrar que eran de lana por algunas roturas, al tiento, en la dureza, semejaban de guijarro, y dos sábanas hechas de cuero de adarga, y una frazada, cuyos hilos, si se quisieran contar, no se perdiera uno solo de la cuenta (64r).

Por lo precario del hospedaje parece que la venta es muy humilde, o que los venteros acomodan a sus huéspedes según su aspecto y la paga que, entienden, podrían esperar a cambio (recordar que Quijote y Sancho venían de recibir una gran golpiza). Son varios los refranes que tratan sobre las pocas comodidades que ofrecen las ventas: «Cama y condidura[2], y cebada para la mu[l]a» y aclara Correas: «Dice que le guisarán lo que trajere, y habrá cama y cebada; esto hay de ordinario en los mesones, y en algunos también falta la cebada» (331). El personaje de Dorotea menciona algo al respecto, cuando a la llegada del cautivo con la morisca se les anuncia que no había lugar en la venta, ella les ofrece pasar diciendo: «no os dé mucha pena, señora mía, la incomodidad de regalo que aquí falta, pues es proprio de ventas no hallarse en ellas» (223v).

2de *condir*, f. ant. Aderezo de la comida (Diccionario de ALEGSA).

Pero se observa que, dentro de las pocas comodidades que hay en la venta, los servicios que allí se prestan son ajustados según la apariencia del huésped, pues en otro pasaje se cuenta que el cura pidió que les hicieran de comer, a la hermosa Dorotea y a Cardenio (un zagal de buen talle), de lo que hubiese en la venta «y el huésped, con esperanza de mejor paga, con diligencia les aderezó una razonable comida» (178v).

Esto último se puede observar, también, en el cambio de parecer de la ventera cuando, después de decir que no había lugar en la venta a unos hombres que llegaron pidiendo posada, uno de ellos dijo: «no ha de faltar para el señor oidor que aquí viene». Cuando escuchó la palabra «oidor» dijo: «Señor, lo que en ello hay es que no tengo camas: si es que su merced del señor oidor la trae, que sí debe de traer, entre en buen hora, que yo y mi marido nos saldremos de nuestro aposento por acomodar a su merced» (257v). Una vez más, el «estrecho y mal acomodado» (258r) castillo, se adapta a la apariencia y porte de sus huéspedes.

Otro de los tantos pasajes donde se pone en evidencia el interés monetario de los dueños del «castillo» es cuando estando el ventero a la puerta de la venta dijo: «esta que viene es una hermosa tropa de huéspedes: si ellos paran aquí, *gaudeamus*[3] tenemos» (213v).

3 m. coloq. Fiesta, regocijo, comida y bebida abundantes (RAE).

En cuanto a la imagen de moza de venta que recoge Correas en refranes como: «La liebre búscala en el cantón, y la puta en el mesón» (169), el personaje de Maritornes cumple con el estereotipo, porque le promete al arriero que se hospedaba en la venta que esa noche se *refocilarían*[4] juntos y que lo habría de satisfacer en lo que le pidiera, incluso el narrador dice que «cuéntasedesta buena moza que jamás dio semejantes palabras que no las cumpliese» (65r), por lo que da a entender que no es la primera vez que hace este tipo de ofrecimiento. OlidGerrero comparte lo que expresa Oleza quien sostiene que «en la imagen que el folklore y la novela picaresca ofrecen de la moza de mesón ella es un estímulo erótico explotado comercialmente por el ventero, a la que asedian los huéspedes con la ilusión de sazonar su viaje con un encuentro gratificante, barato y sin consecuencias» (142).

Pero Maritornes debe esperar a que todos los que están en la venta estén dormidos para *refocilarse* con el arriero, esto da a entender que los venteros no están al tanto o, al menos, no cumplen con el rol de proxenetas. Incluso, cuando los ruidos provocados por la pelea entre el arriero y don Quijote despiertan al ventero, este grita dirigiéndose a Maritornes: «¿Adónde estás, puta? A buen seguro que son tus cosas éstas», y va a buscarla para castigarla. En esto se diferencian de los venteros de *La Ilustre Fregona* que sí están al tanto de los servicios sexuales que prestan las mozas dentro de la venta y no los cuestionan.

Ajena a todo esto está la hija de estos venteros-castellanos, este personaje parece no ajustarse a lo que se da a entender en el siguiente refrán: «No compres asno de recuero, ni te cases con hija de mesonero» (232), puesto que es presentada por el narrador como doncella y así es asumido por el resto de los personajes. Sin embargo, en oportunidad que el cura le pregunta qué le parecen los libros de caballería, ella responde que lo que le gusta de esas historias son: «las lamentaciones que los caballeros hacen cuando están ausentes de sus señoras: que en verdad que algunas veces me hacen llorar de compasión que les tengo» (179r). Dorotea le pregunta si ella remediaría esas lamentaciones si fueran por su causa; a lo que ella responde:

4 Regodearse, recrearse en algo grosero (RAE).

> No sé lo que me hiciera [...] sólo sé que hay algunas señoras de aquéllas tan crueles, que las llaman sus caballeros tigres y leones y otras mil inmundicias. Y, ¡Jesús!, yo no sé qué gente es aquélla tan desalmada y tan sin conciencia, que por no mirar a un hombre honrado, le dejan que se muera, o que se vuelva loco. Yo no sé para qué es tanto melindre: si lo hacen de honradas, cásense con ellos, que ellos no desean otra cosa (179r y 179v).

La respuesta que da la muchacha al cura, en la que acusa a las «crueles» de las historias de caballería de ser «melindrosas» a la hora de corresponder a sus enamorados, parece contradecir la condición de doncella que todos le atribuyen y el recato que como tal debe tener, y es justamente eso lo que reclama su madre: «Calla, niña [...] que parece que sabes mucho destas cosas, y no está bien a las doncellas saber ni hablar tanto» (179v). Si bien el comentario de la doncella parece estar motivado más por lo sentimental que por lo sensual, la pregunta que le hace Dorotea parece querer poner en evidencia esa posible doble lectura.

También los venteros de *La Ilustre Fregona* crían a su «hija» dentro del recato y resaltando su condición de doncella, pero la intención parece ser otra, porque según Olid Guerrero:

> el mesonero [es] quien la viste, y quien le ha ensañado a comportarse con unas maneras precisas delante de la clientela que, por lo inusual en tal ambiente, excitan, e incluso enamoran. Su imagen denota la manipulación del mesonero para convertirla en objeto de reclamo turístico (146).

En lo que sin duda coinciden estos dos matrimonios de venteros, es en el interés que demuestran por el dinero, ajustándose al refrán que dice: «Nadie sería mesonero, si no fuese por el dinero». Cuando ya Quijote se disponía a salir de la venta-castillo, llamó al ventero y le dijo que quedaba muy agradecido por su hospitalidad, y le ofreció como pago hacer venganza de algún *soberbio* que le haya hecho algún agravio. A lo que el ventero le respondió:

> Señor caballero, yo no tengo necesidad de que vuestra merced me vengue ningún agravio, porque yo sé tomar la venganza que me parece, cuando se me hacen. Sólo he menester que vuestra merced me pague el gasto que esta noche ha hecho en la venta, así de la paja y cebada de sus dos bestias, como de la cena y camas (71v).

Asombrado quedó don Quijote de que el lugar donde había pasado la noche era una venta y no un castillo, y le dijo al ventero que le perdonara la paga porque no podía contravenir la orden de los caballeros andantes de no pagar por la estadía ni por ninguna otra cosa en ventas donde se quedase. Pero el ventero le respondió: «páguesseme lo que se me debe, y dejémonos de cuentos ni de caballerías, que yo no tengo cuenta con otra cosa que con cobrar mi hacienda» (71v).

A esta respuesta el caballero andante contestó que era un mal hostelero y se marchó. El ventero, fue a cobrarle a Sancho Panza, pero este alegó que, al igual que su amo, él tampoco iba a contravenir la orden de caballería. Enojado quedó el ventero y lo amenazó de que si no le pagaba, que se lo iba a cobrar de modo que le pesase. Y así sucedió que Sancho terminó pagando con su manteamiento[5] y sus alforjas, que el ventero tomó como parte de pago sin que Sancho se diera cuenta.

Al regresar a la venta Quijote, luego de que lo convencieran de ayudar a la princesa Micomicona, le pidió a los venteros que le prepararan un lecho mejor que el de la vez anterior, a lo que respondió la ventera que «como la pagase mejor que la otra vez, que ella se la daría de príncipes» y ante la respuesta afirmativa de don Quijote «le prepararon uno razonable en el mismo caramanchón de marras» (178r).

Es tan grande el interés que tienen por el dinero, que sus servicios ingresan en territorios de ambigüedad moral y social cuando el barbero y el cura «pidiéronle a la ventera una saya y unas tocas, dejándole en prendas una sotana nueva del cura. El barbero hizo una gran barba de una cola rucia o roja de buey, donde el ventero tenía colgado el peine»[6] (136v). La ventera «púsole [al cura] una saya de paño, llena de fajas de terciopelo negro de un palmo en ancho, todas acuchilladas, y unos corpiños de terciopelo verde, guarnecidos con unos ribetes de raso blanco, que se debieron de hacer, ellos y la saya, en tiempo del rey Wamba[7]» (137r).

5 Lanzar al aire entre varias personas, con una manta cogida por las orillas, a otra, que al caer sobre la manta vuelve a ser lanzada repetidas veces hacia arriba (RAE).
6 Algunos investigadores han profundizado sobre este pasaje poniendo de relieve las connotaciones eróticas que representa la cola de buey y el peine del ventero colgada en ella, y el recelo que demuestra, más adelante, la ventera luchando con el barbero en su afán de recuperarla.
7 Fue rey de los visigodos entre los años 672 y 680 (MCN biografías.com).

Cuando Sancho le avisa a los que estaban en la venta que su amo acaba de vencer al gigante y cuenta que vio «correr la sangre por el suelo, y la cabeza cortada y caída a un lado, que es tamaña como un gran cuero de vino» (208r); el ventero responde: «que me maten [...] si don Quijote, o don diablo, no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto que a su cabecera estaban llenos» (208v). Y así fue, el aposento en el que batallaba don Quijote estaba todo lleno de vino derramado y al ver esto el ventero «tomó tanto enojo que arremetió con don Quijote, y a puño cerrado le comenzó a dar tantos golpes que si Cardenio y el cura no se le quitaran, él acabara la guerra del gigante». (209v). El ventero juraba que esta vez no se iba a valer don Quijote de su caballería para dejar de pagar todo el destrozo y los gastos ocasionados; mientras la ventera gritaba:

> En mal punto y en hora menguada entró en mi casa este caballero andante, que nunca mis ojos le hubieran visto, que tan caro me cuesta. La vez pasada se fue con el costo de una noche, de cena, cama, paja y cebada, para él y para su escudero, y un rocín y un jumento [...] Y ahora, por su respeto, vino estotro señor y me llevó mi cola, y hámela vuelto con más de dos cuartillos de daño, toda pelada, que no puede servir para lo que la quiere mi marido. Y, por fin y remate de todo, romperme mis cueros y derramarme mi vino; que derramada le vea yo su sangre. ¡Pues no se piense; que, por los huesos de mi padre y por el siglo de mi madre, si no me lo han de pagar un cuarto sobre otro, o no me llamaría yo como me llamo ni sería hija de quien soy! (210r).

Pero el cura logró calmar a ambos comprometiéndose a pagar todos los gastos ocasionados hasta entonces, con intereses. Más adelante, antes de que se llevaran enjaulado a don Quijote de la venta, el ventero reclama el pago prometido «jurando que no saldría de la venta Rocinante, ni el jumento de Sancho, sin que se le pagase primero hasta el último ardite» (279v).

Sancho Panza, personaje refranero por excelencia, considera a los venteros figuras estrechamente vinculadas al dinero, pues cuando trata de convencer a su amo de que la cabeza del gigante que cree haber derribado era un cuero de vino tinto, al ver que no le cree le dice «al freír de los huevos lo verá; quiero decir que lo verá cuando aquí su merced del señor ventero le pida el menoscabo de todo» (223r).

Otro pasaje que pone en evidencia el interés de los venteros es aquel en que dos huéspedes que se habían alojado una noche en la venta, intentaban irse sin pagar lo que debían; «mas el ventero, que atendía más a su negocio que a los ajenos, les asió al salir de la puerta y pidió su paga, y les afeó su mala intención con tales palabras, que les movió a que le respondiesen con los puños» (271r). Pero a pesar de recibir una gran paliza, y gracias a la persuasión de don Quijote, consiguió que le pagaran todo lo que él quiso.

Sin embargo, parece que el ventero no siempre se deja arrastrar por la codicia; la honestidad y las buenas acciones también están presente, pues cuando llegó don Quijote molido a la venta, proveyó a Sancho de los insumos que le pidió para que su amo pudiera hacer el bálsamo de Fierabrás, ayudando así a aliviar el dolor de su huésped y, más adelante, cedió al pedido del cura de disfrazarse para engañar a don Quijote y el narrador no menciona en ningún momento que haya recibido dinero a cambio. Se menciona también su afición a los libros de caballería que reconoce le dan *la vida* y su mujer cuenta que esas lecturas lo dejan«tan embobado, que no os acordáis de reñir por entonces» y, quizástambién,absorto y olvidado de su negocio.En otro pasaje le cuenta al cura que aunque muchos le han pedido la *Novela del curioso impertinente*, él no quiso dársela a nadie porque piensa devolvérsela a quien dejó olvidada la maleta que la contenía, junto con otros libros y papeles, y asegura «a fe que se los he de volver: que, aunque ventero, todavía soy cristiano» (182r). Aquí Cervantes pone en palabras del propio personaje, una asociación negativa en cuanto a su condición de ventero, similar a la que se puede observar en estos refranes extraídos del libro de Correas: «A Dios, paredes, que me voy á ser santo; é iba á ser ventero» (9); «Cuando el ventero está á la puerta, el diablo está en la venta» (366); «El mesonero mal ojo, judío bueno» (104).

CONCLUSIÓN

Quienes atienden el «castillo encantado» son por definición de condición rústica. El concepto de rústico está, en este caso, estrechamente ligado a la idea de tosco, grosero, torpe, falto de delicadeza; conceptos todos que dan la imagen de degradación de la persona a la que se les atribuye. La degradación es uno de los rasgos que sobresale del *realismo grotesco*, entendido como el sistema de imágenes de la cultura cómica popular; cultura que está presente en los refranes que recoge Correas y a los cuales se ajustan estos personajes cervantinos. Podría, entonces, confirmarse que estos personajes fueron creados en claves humorísticas. Pero es evidente que no solo responden a lo carnavalesco porque, como sostiene Olid Guerrero:

> ya desde Américo Castro, parece que se acepta la idea, quizás ahora obvia, de que el texto cervantino es un producto distinto de los modelos literarios que usa. Ya hablemos de romance, de la literatura picaresca, o del género pastoril o dramático, las combinaciones entre unos y otros llevan a varios especialistas a conclusiones donde el relato ejemplar pierde protagonismo en pos de un autor al que sólo parece importarle mantener el reconocimiento de un lector ideal (123).

Se observan algunas diferencias de comportamiento entre los venteros del «castillo encantado» y los de la *La Ilustre Fregona*, pero lo que indiscutiblemente comparten es el gran interés que tienen por el dinero, ajustándose a la imagen que se desprende de varios refranes de la época, que los lleva a la ambigüedad moral de disfrazar a un cura de doncella, en uno de los casos, y a la «hija-criada» en una *prostituta de alto nivel*[8], en el otro.

BIBLIOGRAFÍA

ALEGSA. (1998). *Diccionario general de español*. Santa Fe: ALEGSA. Web 11 de setiembre de 2015. http://www.alegsa.com.ar/Diccionario/diccionario.php.

BAJTÍN, MIJAÍL. (1990). *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento: el contexto de François Rabelais*. Madrid: Alianza.

BARROS, SANDRO. (2006). «¿Humor o barroquismo incongruente? La risa como mecanismo consonante en Don Quijote». *Espéculo. Revista de estudios literarios*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid. Web 11 de setiembre de 2015. https://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero34/humorqui.html

CERVANTES, MIGUEL DE. (2012). *Don Quijote de la Mancha*. Francisco Rico ed. Madrid: Santillana.

—. (2012). *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Biblioteca virtual Miguel de Cervantes: Florencio Sevilla Arroyo. www.cervantesvirtual.com. Web. 19 Jul. 2014.

8 Asumo los riesgos de esta provocadora hipótesis basándome en los argumentos desarrollados por Olid Guerrero en su tesis doctoral, que pueden sintetizarse en la idea de que «este disfraz impuesto [a Constanza en *La ilustre fregona*] insinúa el de una prostituta de alto nivel que incita a la clientela con sus adornos sacrílegos» (Olid Guerrero, 146).

—. (2012). *Segunda parte del ingenioso caballero Don Quijote de la Mancha*. Biblioteca virtual Miguel de Cervantes: Florencio Sevilla Arroyo.www.cervantesvirtual.com. Web. 19 Jul. 2014.

COVARRUBIAS, SEBASTIÁN DE. *Tesoro de la lengua castellana o española.* Universidad de Sevilla. http://fondosdigitales.us.es. Web. 12 de set. 2015.

CORREAS, GONZALO. (1906). *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*. Establecimiento Tipográfico de Jaime Ratés,Madrid.

ENCICLONET. (2011). *Wamba. Rey visigodo*. MCNBiografías.com. Web. 12 de set. 2015.

OLID, EDUARDO. (2009). *El ritual del disfraz en las Novelas ejemplares de Cervantes*.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. (2001). *Diccionario de la lengua española (22da. Ed)*. Madrid: Espasa.

SALAZAR, JAVIER. (2007). *De ventas y venteros: tradición literaria, ideología y mímesis en la obra de Cervantes*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

VOX. (2008). *Latín*. Barcelona: Larousse.